



Recordatorio del Teniente General (R) Julio A. Fernández Torres

“¡Me duele el país!”

Tte. Cnl. (r) Santiago Roque Alonso

Esa fue la respuesta inesperada que le dio a su esposa cuando, saliendo de uno de sus comas farmacológicos, sta le preguntó *¿te duele algo?* Y ese dolor tuvo que ser grande, porque el esfuerzo para expresarlo fue también proporcional, ya que nos sorprendió la claridad con que lo dijo, a pesar de las dificultades que le imponían la traqueotomía y el respirador. Así fue el General Fernández Torres, falleció realmente como un soldado ejemplar.

Imposibilitado de morir en combate, sin embargo dedicó los largos silencios de sus últimos días teniendo a la Patria como objeto de su preocupación y pensamiento. Un hombre sencillo, sin vueltas ni aparatosidades, austero, de una fidelidad inquebrantable en la amistad. Su gran calidad humana le facilitó estar siempre muy próximo a los problemas personales y familiares de sus subordinados, sin apartarse de la rectitud y de la exigencia en el servicio, actitudes de las que aprendimos muchos de sus jóvenes subalternos.

Esto le valió no sólo el respeto y la admiración, sino también la amistad de oficiales, suboficiales y soldados después de haber servido a sus órdenes. Pero si hay algo de la personalidad que distinguió al General Fernández Torres fue su probada honestidad en el manejo de los fondos y en el cuidado de los bienes del Estado, condición que la mantuvo con la misma rigurosidad cuando, una vez retirado, debió ejercer responsabilidades administrativas en el ámbito privado. Quienes no lo conocían, en los primeros tiempos se sentían hasta molestos por la puntillosidad de su control, mal interpretando que eran objeto de una desconfianza obsesiva.

Del arma de infantería, su gran pasión fue el paracaidismo militar, siendo egresado del primer curso de la Escuela de Tropas Aerotransportadas y sirviendo en la especialidad en todas las jerarquías. Se desempeñó como Comandante de la IV Brigada de Infantería en Córdoba durante la Guerra de Malvinas. Aunque siempre fue un subordinado disciplinado, debió plantear con firmeza sus objeciones a algunos superiores que por desconocimiento técnico, táctico y logístico, pretendieron que la Brigada que comandaba cumpliera misiones fuera de sus capacidades reales. Cuando finalmente le expresaron que el Ejército, a través de su Brigada, debía *“cubrir una cuota de sangre”*, puso como condición que cualquiera fuera el tamaño del elemento que saltara sobre las islas él saltaría con sus soldados.

Cuando relataba este “*argumento*” sin fundamentos tácticos razonables, su normal afabilidad se transformaba en indignación. Por esa razón, no era infrecuente que en años posteriores -en sus visitas a Córdoba- fuera abordado ocasionalmente en la vía pública por algún suboficial o ex soldado que lo reconocía y no solo lo saludaba, sino que también le agradecía la actitud que había adoptado respecto al empleo de la Brigada salvando sus vidas. Designado como Jefe del Estado Mayor Conjunto bajo la presidencia de Ricardo Alfonsín, debió sortear las difíciles circunstancias del inicio de la persecución y condena moral, histórica y judicial de las Fuerzas Armadas por lo actuado en la Guerra contra la Subversión en los años 70. No siempre contó con el apoyo de las distintas Fuerzas, las cuales frecuentemente disputaban espacios de poder ante las nuevas autoridades. En un año y cuatro meses de gestión realizó las tareas de planeamiento que se plasmaron en la Directiva Estratégica Militar, la que no había sido actualizada desde hacía años.

Finalmente, cuando advirtió que el gobierno de Alfonsín no tenía la voluntad de mantener el nivel operativo de las Fuerzas Armadas y pretendía extender los juicios por los derechos humanos indiscriminadamente a todas las jerarquías, ordenó a sus asesores más directos que prepararan un documento que se debía mantener en secreto, en el cual se describiera la situación real de las Fuerzas y su proyección futura. Lo dio a conocer en diciembre de 1984 en presencia del Ministro Raúl Borrás, en oportunidad de impartir su orientación para el año siguiente y cuya síntesis ordenó que fuera distribuida al periodismo. Ello produjo el disgusto del gobierno radical y selló su suerte, que era precisamente lo que buscaba: *no terminar siendo bastardeado por las intrigas y operaciones de los políticos.*

El general Fernández Torres hizo su último salto en paracaídas, en noviembre de 1984, acompañando a los cadetes del Colegio Militar de la Nación que debían realizar su primer lanzamiento y que también fue el último que realizó el suscripto.

En la pista del Palomar fue recibido por el entonces Coronel Martín A. Balza y fui testigo presencial de que conversó muy afablemente con el General, sin ninguna limitación, durante el equipamiento y la espera para abordar el avión.

El General Fernández Torres no era un militar teórico sino un soldado práctico. De él aprendí a no tener miedo ni prejuicios por estar rodeado por oficiales más capaces y más inteligentes. Frecuentemente me recordaba que nadie podía hacer sombra a un Jefe o Comandante si éste tenía sentido común y se reservaba la decisión con determinación y firmeza.

El General Fernández Torres esperó y enfrentó su último salto, paciente, sereno, lúcido y consciente -mientras estaba despierto- a veces teniendo la pequeña imagen de la Virgen de Pompeya apretada en su mano, regalo de su madre cuando era un niño, orgullosamente amado por su esposa con la que cumplió 60 años de casado mientras estaba internado, por su único hijo, sus tres nietos y rodeado del afecto de sus familiares y amigos.

En los días de espera es probable que haya recordado el lema de los paracaidistas argentinos: “*Con el cuerpo confiado en la tela y puesta el alma en manos de Dios*”. La “*tela*” estuvo dada por su convicción de que había cumplido su misión y seguramente *su*

alma podría haber estado en manos de Dios por la “placidez” que en algún momento experimentó y cuyo breve relato pudimos escuchar.

Mi general, descanse en paz y del dolor que le causó el estado de la Patria hasta su último aliento.

¡Su Tte Iro, más tarde Tcnl Ayudante de Campo y Patria Argentina le rinden honores y este modesto homenaje como hombre, amigo y soldado! ¡En Cristo y en la Patria!